

La calle parecía desierta, quizás porque el frío y el viento gélido de aquel diciembre de 1969 no permitían mirar más allá del suelo. La gente, que pasaba a una marcha ligera, se cubría con las bufandas la boca y la nariz, en un intento de engañar al tiempo, pero la humedad ya había calado en los huesos.

Josefa Pérez, o la señora Pepita, como mejor la conocían en el barrio, andaba sin decelerar, agarrando con fuerza la mano de su hija. Nunca frenaba el paso mientras iba de camino al colegio. Sin embargo, aquella mañana un viento repentino y malicioso levantó la tierra del descampado contiguo a la calle, llenando la atmósfera de minúsculas partículas doradas que flotaban desafiantes.

En un intento de evitarlas, ambas se detuvieron en la esquina, donde hasta entonces había ocupado el local una tienda de lanas y otros menesteres para tejer. Un gran cartel, con letras amarillas que invitaban a leerlo, colgaba por dentro. «Se vende», rezaba aquella cartulina blanca, que colgaba de un cordel de lana marrón, el cual se moldeaba de tal forma agarrado a tres pequeñas tachuelas que asemejaba una sonrisa traviesa.

Pepita lo observó con recelo, pues parecía que, por primera vez, el destino o la casualidad se mostraban propicios a satisfacer uno de sus anhelos mejor guardados, y aquello le acongojó en cierta manera.

Desde hacía algún tiempo observaba con timidez cada escaparte por el que pasaba y una idea revoloteaba en su cabeza, casi consiguiendo hacerse un hueco entre los cientos de preocupaciones que allí alojaba. Una librería. Una pequeña tienda de libros, quizás también libretas y agendas. De novelas, de ensayos, de libros históricos y de ciencia ficción. Pensaba en compartir con el resto su gran afición por la lectura, pero, por supuesto, también especulaba con la posibilidad de un modelo de negocio rentable. Tal vez, pensaba, había descubierto un nicho empresarial aún por explotar en el barrio. A pesar de su menuda estatura y su rostro fino y angulado, ella no pasaba desapercibida entre los comerciantes y vecinos por su carácter a veces rudo, una independencia algo desacomode a la época, y todo ello acompañado de una gran amabilidad desinteresada.

Las dificultades de la época no eran ajenas a las familias españolas, que habían iniciado una nueva década con los últimos vestigios de miedo por el variable clima político al que se enfrentaban. Su marido, un guardia urbano que ganaba un modesto salario, era consciente de las inquietudes de su esposa, pero viéndose incapaz de afrontarlas, las ignoraba. De esa manera intentaba que, en algún momento, ella también acabase olvidándolas. Sin embargo, aquella tarde Pepita se vio con fuerzas para contarle a su esposo la idea que no desaparecía de su mente, que se agrandaba y se inflaba, como un globo de helio que tarde o temprano tienes que dejar volar.

La cifra por el local alcanzaba las diez mil pesetas, un precio al que por el momento no eran capaces de hacer frente. Las circunstancias no parecían las más propicias para exigir la solidaridad de los allegados, sin embargo, no les fue necesario demandar ayuda, pues los padres de Pepita se ofrecieron sin ningún dengue a prestarles una pequeña parte, que fue completada con algo de su dinero ahorrado y un préstamo de sus hermanas. Estas eran conscientes, desde hacía algún tiempo, de la importancia que para su hermana menor constituía tener su propio «refugio», un lugar para

ella, que, con sus méritos, aunque no en soledad, fuera capaz de sacar adelante. Y de esta manera, poco a poco, se fue construyendo un lugar casi mágico al final de la calle.

La tienda de la esquina dejó de alojar aquellos rollos de lana de todos los colores, para resguardar entre sus estantes cientos de portadas de colores vibrantes y otras tantas de tonos oscuros, que auguraban casi siempre una historia de terror entre sus páginas. Poco a poco fue tomando forma, y comenzó a asemejarse a una verdadera librería. El mostrador de cristal y abedul pintado presidía el frente de la tienda, tapando así un pequeño almacén trasero. El olor a libros nuevos, a cuartillas aún por estrenar y al plástico de los envoltorios fraguaba el ambiente para una apertura próxima. Solo faltaba un detalle: el cartel que adornaría la fachada de la tienda.

El diez de febrero de 1970 se colgaba sobre la puerta principal aquel gran faldón en el que, con letras rojas y a dos alturas, podía leerse: IBÉRICA. Librería de Pepita P. De esta manera comenzó un viaje, uno para el que no hacía falta dar ningún paso, pues, para emprenderlo, no era necesario salir de la tienda de la esquina.

Debido a la simpatía que Pepita, o la señora Pepita, y su familia despertaban en el barrio, la tienda comenzó su andadura sin excesivas dificultades. Curiosamente, eran los más pequeños los que entraban con mayor frecuencia a curiosear, y como si de algo inevitable se tratase, la librería de Pepita P. se acabó convirtiendo en el centro de reunión para gran parte de la estructura vecinal.

Durante la semana niños, mujeres y hombres, y algunas de sus mascotas, pasaban por la tienda. Algunos compraban, otros únicamente charlaban, y de esta forma cientos, miles de historias, de chismes, de curiosidades, de penas y de alegrías entraron a formar parte de la gesta de aquel lugar, mientras Pepita, o la señora Pepita, tras el mostrador, era oyente y partícipe de todo ello. Incluso muchos años más tarde, todas aquellas historias vividas y escuchadas tras la superficie de abedul se convirtieron en parte inevitable de las anécdotas que ella misma repetiría una y otra vez.

Pero había algo todavía más interesante y sorprendente que ocurría entre las paredes de aquella librería. Había un grupo de personas, que con el paso de los años fue en aumento, que al igual que la propia dueña, se entusiasmaban con la lectura de esos y otros libros y pasaban las horas con la mirada fija en aquellas páginas numeradas, con las letras perfectamente impresas en tinta, encandilados por el olor de la misma. Por el fervor con el que estos devoraban las palabras, se llegó a crear un rumor. Un rumor sobre la idoneidad de aquel lugar para la lectura. Tal vez era por la calidez del ambiente o por la tranquilidad que a la media tarde se creaba, pero todo aquel que leía un libro en el interior de la librería de Pepita P., sentado frente aquellos grandes ventanales que daban a las calles y cobijados por estantes y estantes de libros, repetía. Volvían de nuevo, y no una, ni otra vez, sino decenas, cientos de veces.

El rumor, con los años, tomó forma de historia, y aquella historia se convirtió casi en leyenda. Así, la pequeña tienda de la esquina, levantada entre donaciones y préstamos, acabó convertida en un negocio familiar que crecía, y en sitio de reunión y de excursión recurrente.

Durante los años de transición la librería se convirtió casi en un lugar subversivo, donde algunas personas, especialmente jóvenes, se acercaban con las manos en los bolsillos y estudiadas miradas de despreocupación a ojear, algo temerosos, si allí podrían encontrar todos aquellos libros que la dictadura había censurado y durante años había sido casi imposible disfrutar. De esta forma, Alberti, Machado, Lorca o Miguel Hernández recobraron una segunda vida, y allí, en la tienda de la esquina,

algunos entusiastas y otros curiosos corrían a leer sus páginas, bajo la mirada atenta de la señora Pepita.

Pasaron los años, y entre el olor a papel —como si aquellas páginas fueran semillas que daban pie a majestuosos árboles— crecieron también los cuatro hijos de la señora Pepita. Ella veía pasar a todos con premura, como si a cámara rápida los días, semanas y años se sucediesen, mientras ella, desde el amanecer hasta el atardecer, observaba inmóvil tras su mostrador de cristal. Vio como cambiaban los gustos, los precios y los clientes. Como las cajas registradoras se modernizaban y como muchos abandonaban el barrio con la ilusión de nuevas oportunidades.

Vio también como algunos de sus nietos crecían en la trastienda de aquella tienda de la esquina y como sus libros, sus preciados libros, eran día tras día leídos, comprados, prestados e incluso algunos de ellos hurtados. Aquellos rumores de la magia de la librería de Pepita P. perduraron durante años, y muchas personas, atraídas por lo que otros les contaban sobre la librería Ibérica, acudían allí con cierta ilusión. La magia que ello creaba, sin truco ni cartón, no solía decepcionar a los curiosos, pues Pepita estaba siempre dispuesta a atender con maña y sabiduría a quien se acercaba hasta allí.

La tienda echaba el cierre en contadas ocasiones, y pocas veces se bajaba la cortina metálica por descanso. Por ello, aquel viernes de 1990 resultó extraño a los habituales y transeúntes que la librería no hubiese abierto puntualmente a las ocho de esa mañana. El marido de Pepita comenzaba a tener una salud cada vez más delicada, debido a las dolencias de corazón. Pepita, o la señora Pepita, aseguró en aquel mismo momento que la librería no volvería a abrir, pues aquel choque de realidad había causado un desasosiego que veía imposible reemplazar de nuevo con los libros. De esta forma, la tienda de la esquina celebró aquella misma semana el cierre definitivo con cientos de personas que leyeron embelesados tras sus ventanales por última vez.

El diciembre de 2016 estaba resultando especialmente frío, y pocas personas se atrevían a levantar la vista del teléfono móvil, mientras se protegían con el pañuelo el cuello y la nariz. La humedad calaba en los huesos y un viento impetuoso regalaba un molesto vaivén. El aire, con un movimiento rápido, hizo levantar la arena que se acumulaba en el callejón contiguo a la calle, provocando una tormenta de partículas doradas, que flotaban por el aire, formando suaves espirales que volaban a la altura de la mirada. La joven no tuvo más remedio que detenerse frente a la esquina, para protegerse los ojos.

Entonces la vio, aquella tienda con grandes ventanales. En la puerta un gran cartel rezaba: «se vende». Parecía que alguien había retirado los faldones más recientes de la fachada, hasta que la pintura de uno más antiguo había resurgido. «Librería de Pepita P.», leyó la muchacha con lentitud.

Quizás aquella tienda de la esquina fuera el lugar idóneo para empezar de nuevo.

Tal vez fuera el refugio perfecto para todo amante de los libros.